

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 263.

Alicante 11 de Diciembre de 1875.

Año VI.

IMPORTANCIA DEL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD.

III.

En el artículo precedente indicamos las señales características de los sentimientos de verdad inherentes á nuestra naturaleza, los cuales, si pueden estar como amortiguados, jamás llegan á extinguirse, y prontos al contrario á darse á conocer y á corresponder al menor estímulo, nos sirven de guía y antorcha, y son como una especie de reserva que tiene nuestra alma para hacer de ellos el uso que necesite, viendo, juzgando y racionando por su medio.

Tal es, pues, este *yo humano* que tiene conocimiento de sí mismo, de sus sentimientos, de sus ideas y de sus operaciones; que posee principios fijos de raciocinio con que procede al descubrimiento de verdades que ignora; que se modifica de mil maneras diferentes, pero que en medio de un perpétuo flujo y reflujo de modificaciones rápidas y pasajeras se acuerda de lo pasado y lo compara con lo presente, y es como un espejo inmóvil en que vienen á representarse sucesivamente los objetos movibles; y al propio tiempo animado con los obje-

tos que él mismo produce, los aparta, los vuelve á aproximar y los juzga, viéndose á la vez á sí mismo: maravilla siempre antigua y siempre nueva en que apenas reparamos, porque se repite á cada momento. Así que, por poco que reflexionemos en las operaciones de nuestro entendimiento, en sus facultades ó su memoria, exclamaremos del mismo modo que al meditar los mas altos misterios del cristianismo; ¡Oh misterios profundos é inexplicables!

Así como hay leyes generales del movimiento que gobiernan el mundo material, hay tambien ciertas primeras verdades que rigen el mundo intelectual y moral, y establecen para el entendimiento leyes que no le es dado traspasar. Es cierto que algunas veces parece que los desórdenes, los vicios y los errores van á trastornar el mundo de las inteligencias, al modo que en otras, respecto de la naturaleza corpórea, se creeria que confundidos los elementos vá á sepultarse el mundo en un caos eterno; pero los principios fundamentales subsisten invariables, y siempre predominan y restablecen el orden, como puntos cardinales sobre que gira el mundo moral. Podemos decir con un filósofo, «que el último esfuerzo de la razon es conocer la inevitable necesidad de unirse estrecha-

mente á ciertas primeras verdades, que son como otros tantos puntos fijos que no se prueban por el raciocinio, pero que se adoptan como por cierta vista interior y constituyen en cierto modo la inteligencia.»

No hemos tratado hasta ahora de explicar estas nociones primitivas, hemos creído preciso probar ántes su existencia y señalar sus caractéres; creemos haberlo realizado, y solo haremos una reflexion sobre su origen.

Existe Dios; se ve á sí mismo como ve cuanto está en la esfera de la posibilidad; y pues que al crearnos nos comunicó alguna cosa de los tesoros de su ciencia infinita, nuestra razon es como un rayo de la razon divina, y la luz de nuestro entendimiento como un reflejo de la luz increada; y hasta las nociones de verdad y de órden que existen en nosotros se hallan desde la eternidad, aunque de un modo infinitamente mas perfecto, en Aquel que es la misma verdad y de quien las hemos recibido. Así es como pueden explicarse las ideas eternas de que habló Platon y despues Fenelon en uno de sus diálogos; y esto mismo es lo que nos han revelado los libros santos al decirnos que *Dios hizo al hombre á su imagen*; palabra que define al hombre mucho mejor que han podido hacerlo todos los sábios antiguos y modernos. Admiramos de paso esta religion cuya doctrina está en tanta armonia con lo más elevado de la metafísica, como su moral con los sentimientos mas puros. Esto es lo que pudo hacer decir á un pensador alemán, que *no hay mas filosofía que la religion cristiana*.

Además de estas verdades primeras ó de toda evidencia, hay otras que podemos llamar de discusion, de deduccion ó de conveniencia. Cuales sean estas y cuales los medios que tenemos para conocerlas, es lo que nos resta examinar.

Hemos sentado la necesidad de admitir ciertas primeras verdades que se sienten y perciben tan pronto como se anuncian, y que no se pueden probar porque son ellas mismas la prueba de todo. Llámanse primeras, no solo por su existencia, sino por su importancia, por su ascendiente y su imperio; pues no solo preceden al uso reflexivo de la razon como el gérmen precede al desarrollo de la planta que debe salir de él, sino que sirven de fundamento á todos los trabajos del entendimiento, á todas sus investigaciones y descubrimientos, y tienen la misma antigüedad, extension y duracion que el género humano. Tan prudente es adherirse á ellos, como locura separarse de estos principios que son un áncora de salud para la inteligencia, de tal modo que sin ellos estaria siempre fluctuando en un océano de incertidumbres.

Es preciso, sin embargo, convenir en que si no tuviésemos más nociones que las primitivas, estarian reducidos nuestros entendimientos á límites bien estrechos, serian igualmente instruidos todos los hombres, pues son comunes á todos, y el género humano hubiera permanecido en una infancia eterna. Las primeras verdades son como las raices del árbol de la ciencia, que el cultivo hace crecer, y del que sale gran número de ramas que producen flores y frutos. ¡Cuántas verdades hay en el vasto imperio del talento humano, ya sea en las

ciencias naturales, ya en las exactas, ya en las políticas, y hasta en las religiosas y morales, que no se presentan por sí mismas al entendimiento, cuya simple exposicion no lleva consigo la evidencia, y á las que solo se llega por medio de la meditacion!

Pero antes de pasar adelante y de indicar los medios de descubrirlas, debemos hacer una observacion importante respecto de toda clase de conocimientos, conviene á saber, que toda verdad cualquiera que sea, considerada en nuestra alma, y luego que la percibimos y la conocemos, se convierte en un sentimiento interior que nos anuncia su existencia. La verdad es tan independiente de la comprension de nuestro entendimiento, como la luz del sol lo es del órgano de la vista: pero así como la luz solo existe para nosotros por el efecto de la impresion que hace en nuestros ojos, así conocemos la verdad por la sensacion que ella misma causa en nuestra alma.

Háblenos un filósofo de Dios y de sus atributos, del alma y de sus facultades, de la moral y sus preceptos, de la religion y sus fundamentos; expliquenos un sábio las leyes de la naturaleza, sus fenómenos, los descubrimientos, fruto de sus observaciones; desenvuélvanos el geómetra sus teorías con sus corolarios; que el literato nos trace las reglas de hablar bien y de persuadir á los demás cuanto cree él mismo, y que el crítico ponga á nuestra vista los monumentos de los hechos que nos refiere y procure hacernos conocer toda su fuerza: desde luego los escucharemos atentamente y procuraremos seguir la série de sus racionios, pero estos mismos excitarán en nuestro

entendimiento una multitud de ideas y reflexiones, y experimentaremos forzosamente impulsos de resistencia ó de adhesion, y por último solo nos decidiremos á prestar á sus teorías entero crédito cuando un sentimiento interior nos obligue á decir *esto es cierto*.

Se quiere establecer una regla infalible de nuestros juicios, un principio inmutable de certidumbre, lo que se llama el *criterio* de la verdad; pero ¿le fijaremos en la perfecta conformidad de la consecuencia con la primera verdad en que está contenida, es decir, en la identidad, ó le hallaremos en la experiencia ó en la autoridad? Elijase lo que se quiera, siempre será preciso que nuestro entendimiento conozca y aprecie por sí mismo el principio que se nos designe como tal, y que un sentimiento interior nos advierta la exactitud de esta regla de verdad y la precision de sus aplicaciones. Y aun si se quiere subyugar el entendimiento por medio de la revelacion divina ó por la fé universal del género humano, es indispensable que conozcamos ántes esta revelacion y esta creencia, y que sintamos su fuerza é irrefragable autoridad, y es de absoluta necesidad que alguna cosa nos diga interiormente; *esta revelacion viene de Dios, esta es la fé del género humano, y es una locura no pensar como él*.

Si se nos hace subir hasta Dios, origen de toda verdad, será no menos necesario que conozcamos á este Dios, y que experimentemos dentro de nosotros mismos la persuasion íntima de su existencia; y como no podemos estar ciertos de esta sin estarlo antes de la nuestra, para lo que es preciso que nosotros mismos

sintamos que existimos, resulta que siempre venimos á parar al sentimiento interior. Para sentir y conocer es preciso existir, así es que la nada no siente ni conoce; y como es indudable que si no hubiese Dios no existiríamos, resulta que no podemos explicar nuestra existencia sino por la del Ser de los seres que nos la ha dado. No tratamos aquí de prioridad de existencia, sino de aquella prioridad de conocimiento con que es preciso que reconozcamos la propia existencia para venir en conocimiento de la de Dios, de tal modo que aun la duda sobre la propia existencia seria una prueba de ella, porque quien no existe no puede dudar.

Ciertamente que si queremos desprendernos de las ilusiones de los sistemas formados inútilmente y á veces con grande trabajo, hallaremos que todo se refiere al sentimiento íntimo de este *yo* y de lo que pasa dentro de nosotros mismos, y que despues de haber agotado todas las reflexiones y todos los ratiocinios, la última razon para creer una proposicion, sea la que quiera, es siempre el sentimiento interior de su verdad. No necesitamos saber cómo estas impresiones y estos pensamientos nacen en nuestra alma; dejamos á cada uno la libertad de adoptar el sistema que le parezca, y nada nos importa que empiecen por la sensacion, por la palabra ó por cualquier otro medio; siempre será imposible que una idea, una verdad, ó cualquier otra cosa exista para nosotros de otro modo que por el sentimiento que tenemos de ella. En este sentido es bien claro que el principio de nuestro asenso está dentro y no fuera de nosotros, que cuanto

viene de fuera debe ser sentido y juzgado por nosotros, y que solo cuando la impresion de la verdad que experimentamos es tan luminosa, tan profunda é irresistible que nos obliga á acceder á ella, es cuando llegamos á la conviccion y á la certidumbre, que no es mas que la adhesion imperturbable del entendimiento á la cosa que se le presenta.

Pero ¿está á nuestro alcance excitar la impresion íntima de luz que nos causan las primeras verdades por medio de cosas menos luminosas por sí mismas? Si se trata de cosas intelectuales fundadas en relaciones invariables, como la geometria, puede el entendimiento conocer los primeros principios, y deducir de ellos consecuencias por la via del ratiocinio: si hablamos de cosas materiales y sensibles, como los fenómenos de la naturaleza corpórea, las conocemos por la relacion de los sentidos; y si de cosas de hecho, como la existencia y la muerte de Augusto, las conocemos por los testimonios. Veamos ahora si el ratiocinio, los sentidos y los testimonios pueden servirnos en circunstancias determinadas de guias seguros y fieles que nos conduzcan á la verdad; del exámen de cuyo punto nos ocuparemos en el próximo y último artículo.

LA INMACULADA CONCEPCION DE LA VIRGEN.

DÉCIMAS.

Como brota del rosal,
Del céfiro al blando arrullo,
Fresco y tímido el capullo

De la rosa virginal;
Y bebiendo en el cristal
Del rocío su pureza,
Las hojas á abrir empieza
Con perfume deleitoso,
Y de su tallo espinoso
Vá cubriendo la aspereza;

De la estirpe vergonzosa
Que salió del Paraíso,
El Supremo Hacedor quiso
Que naciera primorosa
MARIA, cándida rosa
Sin pccado original;
Y obediente al celestial
Paraninfo, redimiera
La culpa, cuando Eva oyera
A la serpiente infernal.

A sus plantas retorcido
Silva en vano el mónstruo horrendo,
A los hombres atrayendo
Con engañoso silbido;
Pues al nombre bendecido
De la *Virgen* sin mancilla,
Dobla humilde la rodilla—
La mujer, el viejo, el niño,
Y la invocan con cariño
Y con fé pura y sencilla.

Que la hermosa criatura
Entre todas escogida,
Para dar aliento y vida
A Jesús, desde la altura,
Trocó en bálsamo la impura
Ponzoña de aquel reptil;
Y con planta varonil,
Cuando, fiera, nos provoca,
El veneno de su boca
Aplasta en el polvo vil.

M. M.

LA ANTIGUA Y LA NUEVA JERICÓ

Y LA

victoria prometida á la Iglesia.

Así intitula *L' Unitá Cattolica* el siguiente notabilísimo discurso pronunciado por Pio IX el domingo 14 del pasado, contestando á palabras del Arzobispo de Aix y del Obispo de Luzon, en presencia de estos Prelados, de los Obispos de Digne y de Gap, y de los peregrinos de la Vendée y la Provenza:

«Crecen cada día, especialmente en Francia, las demostraciones de fé, aumentanse las obras de caridad, los Sacerdotes oran al pié de los altares, resuenan los templos y santuarios con las voces de los pueblos, que alzan á Dios suplicantes los manos y los corazones para obtener de Él la gracia que tanto necesitamos en tiempos tan tempestuosos; y sin embargo, el azote cruje todavía sobre la Iglesia, y sus enemigos siguen obstinados en perseguirla, en oprimirla y angustiirla.

»La larga duracion de esta cruda prueba á que está sometida la Iglesia, parece que en algunos lugares del orbe católico desanima á algunos y los acobarda; los cuales, como si temiesen que la Iglesia, así oprimida, no puede sostener ya el peso de tantas desdichas, casi doblan la frente á las injustas exigencias de nuestros perseguidores. Pero no así vosotros, que, firmes y constantes, mostrais al mundo que no habeis perdido la confianza en Dios ni la esperanza de ver un día suceder la calma á la tempestad.

»A los débiles yo les diré:—¿quién sois vosotros, que pretendéis conocer los secretos caminos de la Providencia, y saber cómo y cuándo han de acabar los castigos? ¡Oh, hijos!—les diré con palabras de San Francisco de Sales;—mirad que la mariposa, revoloteando demasiado cerca de la llama, al fin se convierte en ceniza; y así el que se empeña en penetrar demasiado los caminos de Dios, y, curioso impertinente, conocer sus designios, será confundido, abatido; hecho ceniza. Por lo cual es necesario mantenerse firme en fé, y redoblar la confianza ánn delante de contrarias apariencias. Para demostrar más claro lo que he dicho, dejadme recordar un hecho de las divinas Escrituras.

»La ciudad de Jericó habia colmado la medida de sus iniquidades; y por eso Dios habia escrito en los decretos de su justicia que esta ciudad fuese borrada del número de las ciudades que habia sobre la tierra. Llamando á Josué sucesor del gran caudillo del pueblo de Israel, le ordenó que en seguida fuesen muertos los habitantes de Jericó, y la misma ciudad reducida á cenizas. Obedeció Josué el divino mandato, y ejecutó fielmente lo que le habia prescrito. Convocados los Sacerdotes, les hizo tomar el Arca del Testamento, y con las trompetas llamadas del Jubileo, ordenar el pueblo, y conducirlo, como en procesion, en torno á los muros de la ciudad pecadora; repitiendo muchos dias en el propio órden la misma vuelta. Precedia, pues, el pueblo armado, seguian los Sacerdotes con las trompetas y el Arca del Señor; y la turba y la parte imberbe de la multitud cerraban la gran peregrinacion. En

este órden se dió la vuelta el primer dia, y así tambien los dias siguientes.

«Pero después del primero, del segundo, del tercero y cuarto dia, ¿creeis que los habitantes de Jericó, dados á todos los vicios, llenos de toda iniquidad, viendo repetir inútilmente la procesion sin ningún daño suyo, creeis que desde lo alto de sus muros, reputados como inexpugnables, no se les ocurrió reirse y hacer mofa del Arca y los Sacerdotes y las trompetas, del pueblo, de los armados y de todo? ¿Creeis que áun de parte de los israelitas, entre quienes siempre los hubo de dura cerviz, creeis que no habria quien dijera para sí:—¿De qué sirven estas marchas infructuosas que nada producen y hacen ilusoria la conquista de Jericó?

»Y esto es precisamente lo que acaece en nuestros dias, por obra de los que imitan en sus vicios á los antiguos moradores de Jericó, de una parte, y de otra á los malos israelitas en sus desconfianzas. Los impíos desprecian á la Iglesia, y con desden acusan de fanatismo todo lo que nosotros sabemos y creemos santo, saludable y religioso. Además, lo mismo que los hebreos, siempre desconfiados é ingratos, murmuraban quizá de la inutilidad de sus paseos en torno á los muros de Jericó, así los espíritus débiles y los que quieren vivir en paz á cualquier precio, viendo que la sociedad prosigue en mal camino, y no da pronta esperanza de retroceder, se unen, sin advertirlo, á los primeros cuando muestran deseo de acomodarse á la voluntad de los incrédulos, cediendo y concediendo lo que no se puede ni se debe conceder.

»Mas llegando el dia sétimo, y repeti-

das las vueltas prescritas, apenas el pueblo, según las instrucciones recibidas, unió sus gritos al estrépito de las trompetas sacerdotales, con espanto de los ciegos moradores de Jericó, desplómense súbitamente las murallas, y cada cual entró en la ciudad por el sitio más cercano: *Et ascendit unusquisque per locum qui contra se erat*. Entonces se ejecutó la gran matanza, y fué convertida en cenizas la ciudad. Acordáronse, pero muy tarde, los sitiados de que con Dios no hay burlas, ni es posible mofarse impunemente de los sagrados ritos establecidos por el mismo Dios. Y recordaron, entre los hebreos, las almas dudosas, ruines y cobardes, que perder la confianza en Dios es delito. Terminada entre tanto la matanza, consumado el incendio, Josué, á caballo, inspirado por Dios, volvióse á la ciudad y pronunció maldición espantosa, que no quiero repetir, porque verdaderamente es terrible, contra cualquiera que intentase reedificar en aquel sitio la destruida ciudad.

»Hijos carísimos, venerables hermanos, pues que os encontráis en Roma, dejad que vuestro Padre confie á vuestro corazón la amargura que aflige su espíritu. Recordad cómo han pasado ya cerca de diez y nueve siglos desde que San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, puso el pié en esta ciudad. Recordad cómo entró en esta selva, según dice San León, donde se oía el mugido del toro y el rugir del león y el silbo de la serpiente: *sylva frementium bestiarum*. Señora de tantas naciones, Roma había añadido á sus propios vicios los de los pueblos conquistados. Con todo eso, el

Apóstol, asistido Dios, plantó en el centro del paganismo el fundamento de la Religión de Jesucristo, la Cruz, y la regó con su propia sangre. Tres siglos de martirios y millones de mártires fueron necesarios para sustituir con la Cruz los falsos dioses. Roma pagana, sin embargo, tuvo también su maldición y fué destruida. De aquella Roma no quedan más que los restos, que solo se enseñan á la erudición del arqueólogo y á la curiosidad del viajero.

»Y ahora ¿qué se querría? Se querría volver la amada Roma cristiana á la Roma de los Césares idólatras, á la Roma pagana; y si no es Roma pagana, será ciertamente Roma incrédula. Se querría sustituir la Religión con la razón. Se querría, en resumen, destruir todo aquello que fué hecho por el Apóstol San Pedro y por la inmensa multitud de los mártires que hicieron preciosas las arenas (*impreziorino le zolle*) de Roma cristiana.

«¿Y cómo no? Tales y tantas son las profanaciones que yo veo con mis ojos diariamente en esta Santa Ciudad; capital del orbe católico; tales y tantas las expoliaciones que se consuman; tales y tantos los esfuerzos y artificios con que se procura la corrupción de la juventud, que ya para nadie puede ser dudoso el propósito de destruir completamente el Catolicismo en su centro. Y, sin embargo, es tal y tanta la hipocresía con que se viste esta nunca interrumpida persecución, que se quiere hacer creer á los que están lejos que en Roma todo es orden, todo paz, todo tranquilidad: y mientras la mano sacrílega toca todo lo que es más santo y caro al Señor y á este indig-

no Vicario suyo, y trastorna todas las instituciones católicas para destruirlas despues, se quiere hacer creer que en Roma todo marcha regularmente, y se hace jactancioso alarde de moderacion; la cual, al fin, se desvanece cuando se ve á la revolucion italiana doblar la rodilla ante el más potente perseguidor de la Iglesia, dando claro á conocer tambien con este acto que el fin que se proponen los dos perseguidores es perfectamente idéntico, aunque los medios son en cierto modo diferentes.

» ¡Ah! Mas sepan todos los que intentan eclipsar á Roma cristiana, y cubrirla con las tinieblas de la incredulidad, edificando á Babilonia y destruyendo todo lo que en Roma hay santo, sepan que arrastran (*spingono*) á Dios á renovar sobre ellos los anatemas y las maldiciones fulminadas hace siglos por boca de Josué.

» Y vosotros, amadisimos hijos y venerables hermanos que me escuchais, unidos á todos los otros que están léjos, alzad concordés vuestras preces al Altísimo para obtener la gracia de la fortaleza, necesaria para rechazar los ataques de la envidia, de la calumnia y de todas las maquinaciones de nuestros enemigos, de suerte que puestos en frente de ellos podamos, no solamente abatirlos, sino conseguir de Dios que Roma cristiana dilate cada vez más su espiritual dominio. Orad, para que cesen los motivos que han obligado á Dios á levantar con su mano el azote, esto es, las ingraticudes de los hombres á sus multiplicados beneficios; ingraticudes que con frecuencia se encuentran ahora en todas las gerarquías (*in ogni ceto*), en todas las

clases, aún de aquellos tambien que llevan grabado en el alma más de una señal de la gracia proveniente de los Sacramentos. Orad, para que, cesando la causa, podamos ver acabados los efectos, y en vez de castigos merecer las bendiciones de la paz; paz con Dios, paz con los hombres, paz con nosotros mismos. Y así esta Iglesia militante en que vivimos pueda tranquilamente conducirnos triunfantes al cielo.

¡Dios mio! bendecid nuestros ruegos. Vos veis las intenciones de estos buenos cristianos; vos veis las intenciones de vuestro indigno Vicario. ¡Oh, mi Dios! acordáos de nosotros, tened de nosotros piedad. *Et nunc Domine*, os diré con palabras de Esther, *miserere populi tui, quia volunt nos inimici nostri perdere, ethæreditatem tuam delere*. Tened, pues, compasion de nosotros, y dadnos prenda de ella con vuestra bendicion. Bendecid á vuestro indigno Vicario, bendecid á estos venerables Obispos que tengo delante, sus diócesis y á sus diocesanos.

Si, hijos queridos; yo levanto la mano y os bendigo en el nombre de Dios. San Lázaro, vuestro protector y amigo de Jesucristo, haga que tambien todos vosotros os convirtais en verdaderos amigos de aquel amigo omnipotente y benéfico. Maria Santísima de la Asuncion, titular de vuestra Iglesia, desde la gloria en que se asienta, os asista, os conforte, á fin de que la Vendée, tan célebre como constante en sus santos principios, permanezca siempre fiel, para que aún se haga digna de mayores misericordias. A Dios ruego que os acompañe en el viaje que vais á emprender de vuelta á vuestros hogares, y os agradezco lo que ha-

beis hecho y las molestias inseparables de tan largo camino. Os bendigo cuando volveis á vuestra patria; os bendigo en vida y en muerte, para que en aquella extrema hora seais dignos de entregar en manos de Dios vuestras almas.

Benedictio, etc.

En la crónica del número anterior dimos noticia del programa publicado por los católicos italianos al reanudar sus sesiones el Parlamento.

Antes de ser publicado, los católicos le sometieron á la aprobación del Papa, y Su Santidad la dió plenísima en el siguiente documento, que traducimos del latin literalmente:

«A los amados hijos scipion, duque de Salvati, Juan, Comendador Aquaderni y otros de las sociedades católicas italianas.

PIO PAPA IX.

«Amados hijos, salud y bendición apostólica.

»Regocijase el ánimo, queridos hijos, viendo que no han sido infructuosos vuestros Congresos, dado que, sin contar las ventajas obtenidas en el de Venecia, muéstrase ahora confirmada vuestra noble divisa *fide et operibus* en el programa en que habeis determinado excitar á vuestros colegas á mitigar las calamidades de la Iglesia y con medios legales defender sus derechos. A la verdad, todo lo que en este programa proponeis es tan conforme á nuestro deseo, que muchas veces públicamente en nuestros discursos

hicimos los mismos votos. Gratisimo, pues, será para Nos que cuantos están adscritos á las Sociedades católicas de Italia reunan con unánime esfuerzo y prudente consejo peticiones, ingenio y trabajo á lograr tales propósitos; para que, ayudando Dios, puedan conjurarse, ó disminuirse al menos, tantos males como minan y dañan á la Religion y á las costumbres. Imploramos, pues, éxito feliz para vuestro designio; y entre tanto, como augurio del celestial favor y prenda de nuestra paternal benevolencia, os damos con grandísimo amor, hijos queridos, la apostólica bendición á vosotros, á todos vuestros compañeros y á todos los que os ayuden en vuestra empresa.

»Dado en Roma, en San Pedro, el día 8 de Noviembre de 1875, año trigésimo de Nuestro Pontificado.

Pio PP. IX.»

CRÓNICA RELIGIOSA.

FUNCIONES

en honor de la Purísima.

Las que se han celebrado en la parroquia de Santa María de esta ciudad no han decaído de la grandeza y ostentación de otros años, antes por el contrario, podemos asegurar que han superado con gran contentamiento de los fieles devotos de la Divina Señora en el mas encumbrado de sus misterios.

La vispera de la festividad, despues de solemnes visperas, tuvieron lugar los mas solemnes maitines con responsorios

y Te-Deum á toda orquesta. En el día de áquella, todo el cual estuvo manifiesto el Smo. Sacramento, la misa con sermón que predicó el canónigo D. Florentino de Zarandona, por la mañana, y las vísperas, novena con sermón y bendición que dió el Sr. Abad de la Colegiata, por la tarde, completaron devotamente el día consagrado á la Purísima Concepción de María, que terminó con una Salve é himno, compuesto al efecto por el jóven director de la capilla de música de la Colegiata, y cantado todo por la misma, tocando además la marcha real la banda de la Beneficencia al descubrir y reservar la imágen de la Virgen. Un nutrido concurso de fieles llenó el templo durante todos los actos, dando á entender, con sumo placer de todo corazón cristiano, que es inmenso el número de los devotos de María.

LAS UNIVERSIDADES LIBRES

EN FRANCIA.

La ira que la idea de las Universidades católicas excitó en los revolucionarios franceses crece y se irrita, porque habian imaginado que pasaría mucho tiempo ántes de que los católicos pudiesen vencer todas las dificultades que se oponen á la fundación de una sola Universidad; y hé aquí que hay ya varias, y los cursos comenzaron al mismo tiempo que en la universidad del Estado.

En Lille ya están completamente organizadas las facultades de derecho y medicina; en París, de derecho, ciencias y letras; en Angers, de derecho; en Lyon, de derecho. Y en otras partes,

como en Tolosa, se hacen generosos esfuerzos, que ya prometen próximos y excelentes resultados.

Es justo y fundadísimo el temor que tienen los revolucionarios á las Universidades católicas, que forzosamente han de ser los verdaderos centros y emporios de la ciencia, que sin remedio han de ser preferidas por la inmensa mayoría de los padres, que en el tiempo necesario para educar é instruir á una generación, van á poblar á Francia de una juventud católicamente enseñada, esto es, que realmente sepa la verdad y quiera el bien.

Y como los revolucionarios no pueden imitar á los católicos, se desahogan insultándolos, según vieja costumbre; y con solícito afán defienden y procuran la enseñanza del Estado, madre fecunda de revolucionarios en Francia. Esto va contra la lógica, porque los revolucionarios han sostenido y sostienen como base y fundamento de todas las libertades, singularmente de la libertad religiosa y de la libertad de enseñanza, el principio de que el Estado es juez incompetente de la verdad, y por consiguiente no puede ni debe enseñarla; y debieran defender, con arreglo á sus principios, la enseñanza libre de los católicos. Esto, además, va contra los intereses del Estado, que se verá libre de los grandes gastos que le ocasiona la enseñanza, si la iniciativa particular le ahorra el trabajo de darla, por lo cual el Gobierno francés debería ver con regocijo y proteger con amor las Universidades católicas.

Pero hay en Francia un ministro de Instrucción pública que es hombre de Universidad, católico sincero, liberal por añadidura, y ministro por complemento,

el cual, mostrando poco respeto á la ley dictada por la Asamblea, se ha permitido decir ante el Consejo Superior de Instrucción pública, que «la Asamblea no querrá que los profesores que han permanecido *fieles* á sus primeros compromisos sufran la competencia de escuelas rivales;» que es llamar *desertores* á los profesores que han pasado á la enseñanza libre, y mostrar poca imparcialidad con las nuevas Universidades. Y porque no quede duda, ha añadido: «Para atraer las familias á los establecimientos que se trata de fundar, no se limitan á defenderse con buenas razones; tratan, además, de desacreditar á los otros. No dicen solamente que ellos lo harán bien; hablan además de decadencia, de mal y de remedio. Se hacen comparaciones. Se nos da derecho de hacer lo mismo.» Y véase cómo el ministro encargado de proteger el derecho concedido por la Asamblea, se muestra parte en el pleito, y se propone combatirlo.

«Esto, — dice un periódico francés, — en un hombre de Universidad es natural; en un católico puede parecer una aberración; en un ministro prueba que las altas posiciones no ensanchan los horizontes para los cortos de vista, y que no es precisamente el liberalismo quien produce los grandes hombres ni los grandes ministros.»

Pero las Universidades católicas se van inaugurando, que es lo que importa, con grandísimo entusiasmo y grandísimas esperanzas; y el despacho de M. Wallon sirve solamente para confirmar la idea que todo el mundo tiene de que las Universidades católicas de Francia van á ser lo que los católicos desean.

Los Arzobispos de Munich y de Bamberg, y los Obispos de Ratisbona, Augsburgo, Eichstaed, Wurzburg y Spira, y el Vicario capitular de Passau, se han dirigido al monarca para que impida que la corriente que hay en su patria alemana contra la Iglesia cunda en Baviera, donde ha penetrado ya. Temen con sobrado motivo los venerables Prelados que los males que deploran sean el principio de un porvenir más sombrío; y recordando al soberano las tradiciones de la casa real bávara, limitan por el momento sus quejas á tres puntos. 1.º Quejense del ministro que ha querido confundir la secta de los viejos católicos con la Iglesia de Dios, y piden al rey que en adelante la dicha secta sea reconocida distinta de la Iglesia, y que todas las cuestiones relativas á los derechos y bienes de la Iglesia sean en lo sucesivo reguladas sobre la base de esta distinción. 2.º Deploran que el actual ministerio no haya dejado hasta ahora á la Iglesia el ejercicio completo de su derecho en lo que toca á la enseñanza, y piden que se supriman los obstáculos que coartan la alta misión docente de la Iglesia, y que se procure esparcir en el pueblo los beneficios de la educación católica. 3.º Advierten ciertos síntomas amenazadores contra las Ordenes y Congregaciones de Baviera, y piden que el Gobierno resista á todo trance la extensión de la ley del imperio de 4 de Julio de 1872 relativa á los jesuitas, y no acepte de ningun modo la ley prusiana sobre los conventos de 31 de Mayo de 1875.

¿Atenderá el rey de Baviera las justísimas quejas del Episcopado? ¿Encontrará que es más cómodo someterse á las

exigencias del gran canciller? Lo primero sería lo justo; lo segundo nos parece más probable.

Protestantes ultramontanos.—Así llama el *Vaterland* de Viena á un sinnúmero de protestantes que aún conservan la fé en lo sobrenatural, y en quien la persecucion religiosa ha producido tanto efecto y cambiado de tal suerte las ideas, que, como dice muy bien *L' Unitá Católica* de Turin, «si se va á este paso, es casi seguro que numerosas conversiones llenarán de alegría á la Iglesia católica.»

Hé aquí lo que dice el *Vaterland*:

«Hay al presente entre nosotros protestantes ultramontanos, no pocos; no cientos, no miles, sino cientos de miles. Y sabéis qué quiere decir esto? Decir que hay protestantes que son ultramontanos, quiere decir que hay protestantes que se sienten inclinados á creer que es menor peligro para ellos el Papa de Roma que el Papa de Berlin.

»Estos cientos de miles han venido á parar á esta consecuencia por esta sencilla argumentacion que se oye repetir en todas partes.—El Papa de Roma no tiene soldados, ni gendarmes, ni bayonetas, ni fusiles de nueva invencion; de manera que no puede, dado que se lo propusiera, molestarnos. Pero en Berlin sucede precisamente todo lo contrario. El emperador-Papa lo tiene todo á su disposicion para obligarnos á reconocer sus dogmas; y si no quisiéremos creerlos, y jamás creeremos sus doctrinas, podrá vejarnos, como ya lo ha hecho, no solo con los católicos, sino con todos aquellos protestantes que no quieren someterse á su dogma de la union prusiana.»

Y añade á esto *L' Unitá*: «Esta razon es bien sencilla, y nosotros admiramos una vez más cómo esos desventurados hacen la causa de la Iglesia, aún persiguiéndola.»

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual con sermon que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral de la misma. Por la tarde, á las cuatro menos cuarto, Minerva con sermon que dirá D. José Carratalá, teniente cura de la propia Iglesia. En Santa Maria, á las diez, misa con sermon que dirá D. Joaquin Garcia, cura ecónomo de la misma, y por la tarde en la novena de la Purísima Concepcion, D. Antonio de P. Ibañez, presbítero. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovacion.

Lunes.—En Santa María, á las diez, misa mayor con sermon que predicará D. Francisco Penalva, Abad de la Colegial, y por la tarde en la novena, don José Carratalá teniente cura de la misma.

Martes.—En Santa María, á las diez, misa mayor en la que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral, y por la tarde en la novena don Francisco J. de Guimben, vicario de la Virgen de Gracia. En las Agustinas misa de renovacion á las ocho.

Miércoles.—Témporas.—Ayuno.—En Santa Maria, á las diez, misa mayor con sermon que dirá D. Enrique Farach sochantre de la propia Iglesia, y por la tarde en la novena, D. José Baeza, Beneficiado de la Colegial.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovacion, y por la tarde, á las cuatro menos cuarto, el Trisagio.

Viernes.—Témporas.—Ayuno.

Sábado.—Témporas.—Ayuno.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion.